

RETRATOS OLÍMPICOS

ALEJANDRO TOLEDO

El salvaje olímpico

Los últimos años de John Weissmuller quizá no sean reflejo de la manera como transcurrió su vida: la enfermedad lo fue diezmando poco a poco, mientras él contemplaba, sereno y desde una terraza, las bahías de Acapulco. Los mares, las aguas, se despidieron lentamente de Tarzán. En tanto, él olvidaba y recordaba. El pasado se fue tornando distante, misterioso. ¿Qué pasaría por la mente de aquel anciano? ¿Cuál era la síntesis de una historia compleja que abarcaba más de siete décadas del siglo XX? ¿Sus fulgores olímpicos en los años veinte o las apariciones en la década de los treinta en las selvas de Hollywood como Tarzán, el personaje de Edgar Rice Burroughs? Juran que a sus 77 años todavía gritaba ese largo llamado a los animales con la profundidad del personaje que encarnó.

En el inicio fue la enfermedad. La poliomielitis atacó muy pronto al pequeño Johnny, nacido en Winbar, Pennsylvania, en 1907. La familia buscó remedios para el mal, y les fue recomendada la natación como terapia. El alivio fue tan real que al poco tiempo el muchacho ya competía y era considerado como de los mejores en 100 y 200 metros libres. A los quince años rompió el récord del mundo en la carrera más rápida de la natación. A los diecisiete lo encontramos en los séptimos Juegos Olímpicos y una ciudad de París que toda-vía era una fiesta.

Véase si no: el barón Pierre de Coubertin había soñado que la olimpiada ocurriera en su Francia querida. Por primera vez se construyó una "ciudad olímpica", que alojó a 3 092 atletas de 44 naciones; 19 deportes, 129 pruebas. El fondista Paavo Nurmi, *el Finlandés volador*, tendía a convertirse en el rey de la olimpiada: obtuvo cuatro medallas de oro...

Pero apareció John Weissmuller, y sorprendió al cubrir por primera vez los 100 metros de nado libre en menos de un minuto; 58.6 segundos, para ser precisos. Los que habían asistido ese día a la piscina de Tourelles tomaron el logro como una hazaña. John Weissmuller se había impuesto, además, al doble campeón del mundo Duke Kahanamoku y a su hermano Samuel. Volvió a adelantarse al grupo en la final de 400 metros, en la que participaban el campeón sueco Arne Borg y el austriaco Andreu Charlton. Llevaba Johnny dos medallas de oro. Faltaba una: la obtuvo en los relevos de 4 por 200, mejorando su equipo el récord mundial con 9.53 y 4 segundos. Cuatro años después, en los Juegos Olímpicos de Amsterdam, se llevaría dos medallas más de oro: en cien metros libres y 4 por 200.

Una palabra explica el encuentro de John Weissmuller con la actriz Lupe Vélez, *la dinamita mexicana*: Hollywood. Weissmuller fue llamado a la Meca del cine comercial para representar al hombre mono. Filmó *Tarzan the ape man* y *Tarzan and his mate*, en 1932 y 1934. En esta última tenía como compañera a Maureen O'Sullivan. Ese fue el comienzo de una saga para la que serían llamados otros campeones olímpicos.

Por esos tiempos Lupe Vélez filmó *Dinamita*, y a su actuación la rodeó una vida sentimental que alimentó el mote explosivo. Al tiempo que seguía su carrera en las pantallas, actuaba en el Ziegfeld Follies de Nueva York con la revista musical *Hot Chá*.

Lupe Vélez tuvo un romance con Gary Cooper que casi termina en matrimonio: la familia y los productores del actor se opusieron a tan detonadora unión, y al sucumbir él a estas presiones ella quedó dolida para siempre. Al rompimiento siguió la depresión, y luego el encuentro con el salvaje olímpico. Esta vez la boda sí se realizó, y hubo una real o aparente felicidad... por cinco años.

Dos imágenes de Johnny Weissmuller: en los años veinte, sus triunfos olímpicos en París 1924 y Amsterdam 1928; en los treinta, sus apariciones en las selvas californianas como Tarzán, el rey de los monos.

Y una pausa larga que lo deja viviendo y muriendo en una playa mexicana, con el confuso recuerdo de lo que fue o pudo haber sido. ¿No termina la vida por convertirse en un sueño? John Weissmuller murió en Acapulco en 1984.

James de Cleveland

Los encendidos discursos de Adolfo Hitler callaron, ese 4 de agosto de 1936, ante las morenas piernas de Jesse Owens.

Eran los Juegos Olímpicos del orgullo ario. Los alemanes consiguieron más medallas que ninguna otra selección, sí... pero el recuerdo y la gloria se centraron, al fin, en ese hombre de piel oscura que llegó a Berlín a finales de julio y que tuvo momentos espectaculares –cuatro medallas de oro– en la pista olímpica ante la mirada atónita del Führer.

El conde de Baillet-Latour, sustituto del barón Pierre de Coubertin en la presidencia del Comité Olímpico Internacional, había advertido a Hitler: "Ruego que usted considere que es aquí, en los Juegos Olímpicos, un huésped y no un organizador. El organizador es el coi, que velará para que estos juegos se desarrollen sin propaganda política... .

La mezcla de planos –lo ideológico y lo deportivo– fue inevitable. El saludo olímpico se confundió con el de los nazis. Cuenta, por ejemplo, Andrés *Calavera* Gómez, que fue parte del equipo mexicano de baloncesto que asistió a la olimpiada de Berlín:

"Ahí íbamos, desfilando entre aplausos y gritos. Y que llegamos frente al palco de honor y conforme lo que estábamos acostumbrados, hicimos el saludo olímpico: levantamos el brazo derecho. La gente dio un alarido y nos ovacionó. ¡Pensaban que estábamos haciendo el saludo nazi...!" (véase *Medallistas olímpicos mexicanos*, de Ramón Márquez y Armando Satow, t. I).

La lucha de los arios contra las otras razas marcaba la necesidad de mostrar una imposible superioridad humana. Y atrás del Tercer Reich estaban dos artífices maquiavélicos: Goebbels y Avery Brundage. Este último llegaría a ser presidente del COI y llevaría a Alemania otros fatídicos Juegos Olímpicos, más de treinta años después.

Si los pasados Juegos de Atlanta serán recordados como la desmitificación del sueño americano y el imperio del caos (ese ilógico estilo de vida que se ha ido reproduciendo malévolamente en todo el planeta, y que tuvo en Georgia una concentración que fue escaparate), los de Berlín en 1936 quedaron como los juegos de la gran ideología derrumbada.

El aparato propagandístico del nazismo se desplomó por la veloz carrera de James Owens, hijo de un aparcerero de Alabama.

James Owens, nacido el 12 de septiembre de 1913 en Danville, Alabama, obtuvo el "Jesse" de modo accidental. Las mudanzas familiares en busca de trabajo lo hicieron ir de Alabama a Cleveland. Una maestra le preguntó su nombre y él respondió:

–J.C. Owens –lo que quería decir: James Owens de Cleveland, mas la maestra juntó la jota y la ce (lo que en inglés suena "jesi"), y escribió: "Jesse Owens".

La visita al colegio del campeón olímpico Charley Paddock decidió al muchacho en sus aspiraciones en la pista. A los 18 años Jesse ya cronometraba 10.3 en los cien metros planos con un viento ligera-mente favorable. Sus logros atléticos le abrieron el camino hacia la Universidad de Ohio. El 25 de mayo de 1935, un año antes de los Juegos de Berlín, en sólo cuarenta y cinco minutos igualó un récord del mundo y batió otros cuatro. Con ello se abrió camino hacia la olimpiada.

A diez kilómetros de Berlín estaba la Villa Olímpica. Los alemanes preferían llamarla "pueblo", y se vivía efectivamente como en un pueblo, y no como en una ciudad enferma estilo Atlanta 96. Cuenta *Calavera* Gómez: "Había calor y color en esa villa. Temprano, en las noches, sacábamos las guitarras y nostálgicos, nos poníamos a cantar. Eso atrajo a muchos deportistas de varios países: de China, de Italia, Francia, Japón, Estados Unidos; en fin, de un chorro de delegaciones. Todos se acercaban a nosotros. [...] Otro visitante distinguido era Jesse Owens, a quien le gustaba mucho la música mexicana. Sus canciones predilectas eran *Cielito lindo* y *La borrachita*. [...] Owens era un negro muy alto y muy amable, sencillo en todo momento.

Nosotros festejamos sus medallas como si hubiesen sido nuestras."

El punto de quiebra de la fiesta nazi ocurrió sobre todo el 4 de agosto en el salto, y el duelo entre el alemán Lutz Long y el estadounidense Jesse Owens. Hubo un instante en que la sonrisa de Hitler parecía adelantarse a los resultados: cuando Long consiguió 7.87 metros. El atleta alemán alzó el brazo y saludó al Führer, como para brindarle el triunfo. ¿Qué podía hacer ese "auxiliar africano de los americanos", como llamó Hitler a Owens, luego de esa incuestionable demostración de poderío? Owens ya había ganado los 100 metros planos un día antes; además de la prueba de salto le esperaban los 200 metros planos (consiguió el oro con 20.7 segundos) y el relevo de 4 por 100 (donde Estados Unidos también lograría el primer lugar con 39.8 segundos). El forzado duelo arios/negros se dio, pues, en el salto largo.

Era el segundo intento para Owens: toma la carrera, se impulsa, salta... ¡7.94 metros!

Loco de furia, Hitler abandona el esta-dio. Y no verá, por lo mismo, la siguiente hazaña de Jesse, al que le faltaba el tercer salto: ¡8.06 metros!

Triunfo indiscutible. El alemán Lutz Long corrió a felicitar al negro, al que consideró desde entonces como su amigo.

Jesse Owens: esplendor y caída. Terminó siendo atracción de circo: corrió contra caballos en Nueva York y Chicago, y también contra jugadores de beisbol, automóviles, camiones y perros. Viajó como masajista a los Juegos Olímpicos de México, en 1968, y lloró a los muertos israelíes en Munich 72, entre otras apariciones.

Al morir, el 31 de marzo de 1980, se ocupaba de vender sellos y monedas olímpicos.